

La escuela de la ventana



La escuela de la ventana



Había una vez en una lejana aldea, una niña que no podía ir a la escuela porque tenía que cuidar de su hermana pequeña. Su madre se levantaba muy temprano para trabajar todo el día en el campo y así tener comida en casa. Su padre no madrugaba tanto. Su trabajo consistía en ser el chófer del jefe de la aldea, y el jefe se pasaba casi todo el día durmiendo.

La niña tenía un hermano, que sí iba al colegio. Pero como estaba lejos de casa, tenía que acompañarle. Por el camino, su hermano le enseñaba todo lo que había aprendido en clase: dibujaba letras y números en la tierra del sendero y recitaba de memoria los ríos del mundo... ¡Cómo deseaba poder estudiar como él para aprender muchas más cosas!

Un día en la puerta del colegio, la niña le preguntó al profesor si podía quedarse un rato, pero el profesor le dijo:

– “Si entras con el bebé en clase, seguro que se pone a llorar y nos interrumpirá. Si quieres, puedes quedarte fuera y mirar por la ventana”.

Y eso hizo.

Pasaron los días, y otras niñas de la aldea decidieron quedarse en el colegio para seguir la lección desde la ventana. Y como ya eran muchas niñas, y todas cuidaban de sus hermanas y hermanos pequeños, tuvieron que organizarse para estar en silencio y así poder escuchar mejor lo que el profesor decía a los niños que estaban dentro de la clase.

Debajo de un árbol enorme que crecía cerca, las niñas instalaron unos pequeños asientos. Y como algunas ya habían aprendido a leer y escribir, enseñaron a las más pequeñas las vocales, los

La escuela de la ventana



números y los colores. Otras niñas se turnaban en el cuidado de los bebés para que la mayoría pudiera atender la lección desde la ventana. Y después, en el recreo, enseñaban a las demás lo que habían aprendido ese día.

Los niños de la aldea estaban muy contentos porque sus hermanas mayores y sus hermanos pequeños se quedaban con ellos en el colegio. Pero a nadie le parecía justo que unos pudieran dar clase dentro y el resto fuera, así que todas y todos se pusieron de acuerdo para hacer más habitable el aula bajo del árbol. Cuando acababa la escuela, buscaban madera para las paredes, ramas para el techo, hojas para que el suelo estuviera blandito y una cuerda para hacer un columpio... Y mientras estaban construyendo, niñas y niños se turnaban para el cuidado de los más pequeños.

Como cada vez tardaban más en regresar a la aldea, una tarde los adultos se preocuparon y fueron al colegio a buscarles. Y cuál fue su sorpresa al llegar y encontrarse a todas las niñas y niños juntos trabajando, y admirar la pequeña clase que habían hecho bajo el árbol para los bebés.

Y así, se dieron cuenta de lo injustos que habían sido obligando a las niñas a cuidar de sus hermanos sin poder ir a clase y de lo mucho que se conseguía si las personas cooperábamos en equipo.

Años después, la niña que un día decidió dar clase por la ventana, como había podido estudiar hasta ser arquitecta, construyó un colegio en su aldea en el que todavía hoy se da clase. ¿Y sabéis qué nombre le pusieron? “Escuela de la Ventana”.